

**«Señor, condúceme por el camino de la salvación»  
El desierto y el Antiguo Testamento**

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ  
Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas  
Director de la revista *Sal Terrae*  
(Madrid)  
esanz@teo.upcomillas.es

Ascesis, radicalidad, acción contracultural, rechazo de dignidades, independencia del poder civil y eclesiástico: he aquí cuatro términos que recogen con bastante exactitud las razones principales del nacimiento del monacato en Egipto a finales del siglo III de nuestra era, y una de cuyas características principales es el alejamiento de la ciudad en dirección al desierto, es decir, el retirarse de la cultura y la sociedad y marchar al desierto para encontrar allí, en soledad, la vida<sup>1</sup>.

Se ha escrito en más de una ocasión que la Sagrada Escritura juega un decisivo papel en el nacimiento de la vida eremítica, en cuanto que es fuente continua y constante de inspiración para los padres del desierto a los que «proporciona un horizonte de sentido a cuya luz contemplaban su búsqueda de la salvación»<sup>2</sup>. Más en concreto, muchos de los textos que hacen referencia a la renuncia, al desapego, a que la perfección se alcanza vendiendo todo lo que se tiene y dándose a los pobres (Mt 19,21).

Es cierto que han pasado muchos años, muchos siglos, desde que Antonio, Macario, Sisoos, primeros padres del desierto, optaran por una vida en consonancia con lo señalado. Es cierto, sin embargo, que, hoy en día, se sigue pensando con mucha frecuencia que el desierto es, ante todo, el lugar de la ascesis, la radicalidad, la acción contracultural, al que se acude para alcanzar la perfección y buscar la salvación bajo la inspiración de la Sagrada Escritura. Pues bien, en estas páginas de este nuevo pliego de *Vida Nueva* queremos precisamente volver nuestra mirada al valor y sentido que posee el desierto en la Sagrada Escritura, probablemente un poco distinto del presentado hasta ahora en las líneas precedentes. No con la intención de minusvalorar la importancia e influencia que ejerció y sigue ejerciendo el importante movimiento monacal del siglo IV, sino sobre todo con el deseo de recuperar lo que la literatura bíblica anterior a dicho movimiento sostuvo con firmeza y suavidad: que el desierto es el lugar de la gratuidad y la justificación de Dios<sup>3</sup>.

**1. «Yo la llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16)**

No estoy del todo seguro de que muchos cristianos nos creamos de verdad esa bonita frase de la primera Carta de Juan que con tanta frecuencia repetimos: «El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y

---

<sup>1</sup> D. MOLINA, *La espiritualidad del desierto, una propuesta para hoy*: ST 96 (2008) 825-837.

<sup>2</sup> D. BURTON-CHRISTIE, *La Palabra en el desierto*. La Escritura y la búsqueda de la santidad en el antiguo monaquismo cristiano (El Árbol del Paraíso 52), Madrid 2007, 22.

<sup>3</sup> Remitimos a nuestra reciente colaboración *Creer y recordar. Dios e Israel en el desierto*: ST 96 (2008) 813-823, buen complemento a lo que ahora publicamos. También a otras contribuciones, que pueden ampliar algunos de los aspectos ahora tratados: *Un recuerdo que conduce al don*. Teología de Dt 1-11 (BTC 11), Bilbao 2004, 137-163; *Encontrar a Dios sin salir a buscarlo. El comienzo de Jeremías (Jr 2,1-19)*: EE 82 (2007) 461-490; *Ya en el principio*. Fundamentos veterotestamentarios de la moral cristiana (Teología Comillas 7), Madrid 2008, 169-174.

envió a su hijo para librarnos de nuestros pecados» (1 Jn 4,10). Sobre todo, por que la agitada, activa y apresurada vida que muchos de nosotros llevamos apenas deja un pequeño resquicio para algo tan propiamente bíblico: el don, la gratuidad, la pasividad. Sin embargo, cuando uno abre las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, encuentra repetidamente un mensaje central y nuclear: que Dios nos amó primero. Lo dice Juan, lo afirma Pablo, lo subrayan otros escritos neotestamentarios. Lo dice, subraya y afirma también el Antiguo Testamento en numerosas composiciones poéticas, en diversas narraciones, alguna de las cuales, que cuentan las peripecias de Israel en el desierto, tenemos ahora especialmente presentes.

Cuentan que, en el momento de su muerte, el abad Pambo dijo a los que lo circundaban: «desde que vine a este lugar del desierto y construí mi celda y la habité, no recuerdo haber comido pan que no fuera fruto de mis manos...». Cuentan también que, «tomando su capa, Juan Colobos partió hacia el desierto»<sup>4</sup>. Cuenta, sin embargo, la Biblia que «Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu» (Mt 4,1), que «Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue conducido en el Espíritu al desierto» (Lc 4,1). Cuenta igualmente el Antiguo Testamento que Dios conduce a su pueblo por el desierto: Lv 26,13; Jr 2,6-7; Am 2,10; Sal 106,9; 136,16. Ello se lee también en el texto de Oseas que encabeza este primer apartado de nuestra colaboración, en el que el profeta subraya la importancia de la iniciativa de Dios, quien, conduciendo a su pueblo al desierto, posibilita que éste, caracterizado en Os 2,4-25 como la esposa de Dios, no se dirija ya a buscar las fuentes de la vida en otros amantes distintos de Dios. Igualmente, y de manera particular, en el libro del Deuteronomio, en donde pueden encontrarse importantes pasajes (Dt 8,2.15; 29,4), que recuerdan que es el Señor el único que lleva a su pueblo por el desierto, que es el Señor el que lo guía y conduce por un lugar tan decisivo para su existencia<sup>5</sup>.

Así pues, y éste es el primer punto que queremos resaltar en nuestra colaboración, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento destacan en pasajes particularmente relevantes que Israel o Jesús, sus elegidos, son conducidos por Dios al desierto y guiados por él a lo largo de las distintas etapas que en él recorren. No son ellos los que toman la iniciativa y caminan hacia tan emblemático lugar. Es Dios, en cambio, el verdadero agente de tan importante movimiento, de tan importante y decisiva acción.

Ir al desierto y caminar por él tiene entonces menos que ver con la ascesis, con la radicalidad y determinación personal. Tiene, en cambio, más que ver con la gratuidad, el desprendimiento, la pobreza; con el dejarse llevar, guiar y conducir a un lugar que, como indicamos en el apartado que está a punto de comenzar, es sinónimo de tentación, abandono, soledad y muerte. Pero un lugar en el que, también lo presentamos a continuación, se puede descubrir lo que descubrió Israel: que no es incompatible vivir la gracia de la elección con la duda de la tentación. De ahí que el desierto sea tan recordado en el Antiguo Testamento, especialmente en el Éxodo, Deuteronomio, Jeremías, Oseas y algunos Salmos, pues, al fin y al cabo, es un lugar en el que, en medio de la prueba, la duda, la incertidumbre y la tentación, Israel ha podido vivir «de toda palabra que sale de la boca de Yahveh» (Dt 8,3), es decir, desde la fe en Dios.

---

<sup>4</sup> *Apotegmas de los padres del desierto*, Salamanca 1986, 92, 135.

<sup>5</sup> P. BOVATI, *Il libro del Deuteronomio (1-11)*, Guide Spirituali all'Antico Testamento, Roma 1994, 108-109; R. GOMES DE ARAUJO, *Theologie der Wüste im Deuteronomium* (OBS 17), Frankfurt am Main 1999, 142-143; G. PAPOLA, *L'alleanza di Moab*. Studio esegetico teologico di Dt 28,69-30,20 (AnBib 174), Roma 2008, 77-78; F. ROSSI DE GASPERIS – A. CARFAGNA, *Prendi il Libro e mangia*. Dalla creazione alla Terra Promessa, Bibbia e Spiritualità, Bologna 1997, 276-277; C. SEVILLA JIMÉNEZ, *El desierto en el profeta Oseas* (Asociación Bíblica Española 45), Estella (Navarra) 2006, 32-33.

## 2. El desierto, los escorpiones y las serpientes abrasadoras

No son los actuales tiempos fáciles para vivir con dudas e incertidumbres. Las generaciones más jóvenes nacen ya con un «ratón bajo el brazo», que les permite, desde que tienen prácticamente uso de razón, afrontar y responder a dichas dudas e incertidumbres *cliqueando* una y otra página web, donde encuentran respuestas, quizás muchas veces más aparentes de lo que piensan, a todas sus preguntas, inquietudes y curiosidades. Los más mayores nos hemos subido también al carro del ratón y del *cliqueo*, en el que, de diversos modos y maneras y con distintos niveles y preparación, nos movemos cada vez con mayor soltura.

No, no nos es fácil vivir con preguntas, dudas e incertidumbres respecto a ámbitos tan sagrados para el ser humano como Dios, la vida y la muerte, las criaturas, y a ámbitos tan cotidianos (sin que por ello dejen de ser también sagrados) como la familia, el trabajo, la salud, etc.

Asimismo, nos es difícil y complicado, especialmente a la hora de relacionarnos con Dios y conocerle, utilizar con naturalidad términos como prueba, corrección, e incluso otros, quizás todavía más duros, como abandono y muerte. Son todos ellos términos que describen con bastante exactitud lo que en la Biblia, y de modo particular en el Antiguo Testamento, se dice respecto del desierto.

Hablar del libro del Deuteronomio es hablar del centro del Antiguo Testamento, ya que en él podemos encontrar un compendio de las tradiciones de fe contenidas en la Torá (Pentateuco), la primera gran síntesis teológica de Israel. El Deuteronomio incluye numerosos discursos pronunciados por Moisés a Israel, cuando éste está a punto de cruzar el Jordán y entrar en la tierra prometida. En el primero de ellos encontramos ya una mención al desierto:

«Partimos luego del Horeb y atravesamos todo ese inmenso y terrible desierto que habéis visto, camino de la montaña de los amorreos, como el Señor nuestro Dios nos había mandado, y entramos en Cadés Barnea» (Dt 1,19).

Una referencia a un lugar tan desamparado e inhóspito, que se repite en Dt 8, capítulo del que están tomadas las palabras que encabezan este apartado de nuestra colaboración: «lugar inmenso y terrible, lleno de serpientes venenosas y escorpiones, tierra sedienta y sin agua» (Dt 8,15). Es precisamente Dt 8 un capítulo decisivo para comprender el aspecto más importante del tema que nos ocupa, que ahora queremos desarrollar.

A muchos y muchas lectores y lectoras de *Vida Nueva* les serán probablemente conocidos estos versículos de Dt 8,2-3:

«Acuérdate del camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer durante estos cuarenta años a través del desierto, con el fin de humillarte y probarte, para ver si observas de corazón sus mandatos o no. Te ha humillado y te ha hecho sentir hambre; te ha alimentado con el maná, un alimento que no conocías ni habían conocido tus antepasados, para que aprendieras que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Dios».

Dios ha conducido gratuita y originariamente a Israel al desierto para probarle, humillarle, hacerle sentir hambre, etc. En nuestra opinión, nada de cruel ni de sanguinario posee esta afirmación.

Antes de desarrollar lo recientemente señalado, es conveniente hacer una aclaración técnica de la cita de Dt 8,2-3. En el texto hebreo hay una marca de separación entre dos referencias complementarias de los citados versículos: por un lado, Dios prueba a Israel en el desierto y quiere saber lo que hay en su corazón; por otro, Dios le concede en el citado lugar, y de manera gratuita, el maná, el alimento que necesita para vivir.

Se trata de una aclaración que ayuda a comprender que el don gratuito del maná por parte de Dios a Israel no tiene que ver con que Israel haya cumplido los preceptos o mandatos (principio de retribución), y que, al mismo tiempo, ayuda a comprender mejor el sentido de la prueba y la humillación a la que es sometido Israel por Dios, que le guía y conduce por el desierto.

Decimos con frecuencia que Dios no otorgó a Israel el don más importante que jamás pudo recibir (la libertad), liberándolo de la esclavitud y el poder opresor del Faraón, para abandonarlo tras la salida de Egipto y el paso del Mar Rojo. No, Dios concedió a su pueblo el estatuto de sujeto libre para entrar en comunión con él, por medio de una relación de alianza. Decimos igualmente que «tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de Él» (Jn 3,16-17). Tenemos en cuenta estos ejemplos tan emblemáticos al referirnos a continuación a lo que le sucede a Israel en el desierto.

Dios conduce a Israel al desierto para ofrecerle una vida gratuita y generosa, cuya primera y mejor expresión es el don del maná, ese alimento misterioso (el término maná está en próxima relación con la pregunta *man hu*, que en hebreo significa ¿qué es esto?), ese alimento celeste y divino que nutre a Israel en un lugar tan carente de vida como es el desierto. Un Dios providente y generoso que, igualmente, acompaña a su pueblo durante el largo y fatigoso caminar por dicho lugar, tal y como aparece en Dt 8,4: «no se gastaron tus vestidos, ni se hincharon tus pies durante esos cuarenta años». Un texto que habla de un Dios que, en el desierto, fortalece el cuerpo de los miembros de su pueblo, da vigor a sus pies, y hace posible que éstos prosigan su camino en dirección a la tierra prometida.

Ahora bien, hay una particularidad del desierto, complementaria a la que acabamos de señalar: es un lugar especialmente paradójico, ya que Dios no sólo ofrece a Israel alimento, cuidado y protección, sino que lo prueba, humilla y hace sentir hambre.

Aunque el desierto es un lugar en el que no se está desocupado ni de brazos cruzados, sí es un lugar estéril, en el que lo que uno hace no da fruto. Es un lugar «inmenso y terrible, tierra sedienta y sin agua» (Dt 8,15), en el que, con muy pequeñas excepciones, nada de lo que se planta o cultiva crece o llega a hacerse fértil. En el desierto todo el esfuerzo que se puede realizar es inútil, y todo el trabajo que se puede llevar adelante no permite recibir de él frutos para comer y vivir. Por eso, es un lugar de prueba para Israel, un lugar humillante para él, porque allí siente su impotencia, su debilidad, su miseria, su «muerte», porque allí «no puede vivir del pan, sino de todo lo que sale de la boca de Yahveh» (Dt 8,3). La bella imagen que presenta este versículo permite afirmar que, en ese lugar tan emblemático, Israel puede abrir la boca para recibir lo que Dios le da. Sin pan, sin medios, sin posibilidades de acción, sin trabajo productivo y fértil, sin buena tierra en la que cultivar, Israel puede, sin embargo, remitirse y religarse al origen de la vida, a la fuente de la que puede beber la vida: la relación de dependencia con el Señor y la aceptación de su palabra, de un Dios que es el Otro, el Todo, aquel de quien todo lo recibe y de quien depende en grado sumo; puede vivir sin tierra, sin bienes y sin recursos, apoyado, sin embargo, en la fe en Dios, de quien puede acoger su palabra y aceptar y recibir el maná que le entrega.

En definitiva, el desierto es una prueba y humillación para Israel, pues no es el pan el que le da vida y seguridad para existir, sino la palabra y la providencia divinas, que le alimentan con el maná y que le posibilitan que ni se gasten sus vestidos ni se hinchen sus pies (Dt 8,4).

Paradójico parece ser también el sentido del desierto en otro importante texto veterotestamentario que ya hemos mencionado anteriormente, y uno de cuyos versículos encabezaba el primer apartado de nuestra colaboración.

Imagino que las personas que están leyendo estas páginas conocen probablemente bien un texto frecuentemente utilizado del libro del profeta Oseas, composición ésta última emparentada cercanamente con el Deuteronomio y la historia deuteronomista (Deuteronomio-2 Reyes): el pleito que Dios (esposo) establece con Israel (esposa) por la infidelidad de su pueblo. Recordemos algunos versículos de la unidad textual Os 2,4-25:

«Acusad a vuestra madre, acusadla, porque ella ya no es mi mujer, ni yo soy su marido! Que quite de su rostro los signos de su prostitución, y de entre sus senos las marcas de su adulterio; porque si no, la dejaré desnuda, como el día de su nacimiento; la dejaré hecha un desierto, la convertiré en tierra reseca y la haré morir de sed...

Vuestra madre perseguirá a sus amantes, pero no los alcanzará; los buscará, pero no los encontrará... Ella no reconocía que era yo quien le daba el trigo, el mosto y el aceite... Por eso recobraré mi trigo a su tiempo y mi mosto en su momento, y le quitaré la lana y el lino que le di para cubrir su desnudez. La desnudaré ante sus amantes, y nadie podrá librarla de mi mano... Pero voy a seducirla; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón. Le devolveré sus viñedos, haré del valle de Acor una puerta de esperanza; y ella me responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que salió de Egipto».

El texto apenas mencionado recuerda, una vez más, que el desierto, por un lado, es un lugar maldito, y, por otro, que, al mismo tiempo, puede llegar a ser el lugar de una nueva revelación de Dios.

El texto también señala –recuérdese lo indicado en el anterior apartado– que es Dios quien conduce a Israel al desierto. No es éste el que toma la iniciativa y se dirige a tan inhóspito lugar *motu proprio*, sino que es llevado allí por Dios, en donde éste «le habla al corazón». Es ésta una expresión que transmite ánimo y posibilidad de vida y de salida en una situación complicada o difícil; tanto como aquélla en la que se encuentra Israel (la esposa) respecto a Dios (el esposo): alejado de éste y en contacto y relación con otros dioses o amantes. Una expresión que, además, resalta los deseos de reconciliación que tiene Yahveh respecto a su pueblo.

Quizás no sea el valle de Acor un lugar bíblico tan conocido como lo pueden ser el Sinaí, Nínive, Ur, Cafarnaún o incluso Jerusalén. Podríamos traducir el nombre del citado lugar como valle de la desgracia o aflicción, ya que deriva de un verbo hebreo que se puede traducir por afligir o dañar. Una traducción que, además, se sostiene también si se lee Jos 7,24-26, donde se narra un importante fracaso en la vida de Israel, que, estando allí, quiere entrar en la tierra prometida y no lo consigue.

En el texto que nos ocupa, Oseas, en cambio, transforma un lugar de aflicción y desgracia en puerta de esperanza. Este aspecto es igualmente subrayado y completado por la referencia al nuevo nacimiento de la esposa, de Israel, «responderá en el desierto como en los días de su juventud, el día que salió de Egipto». Interesante es en esta mención no sólo que el desierto pasa de ser lugar de muerte a lugar de nacimiento, sino el hecho de que es particularmente un lugar de absoluta gratuidad y generosidad divinas. Si se sigue de cerca el texto anteriormente mencionado de Oseas, especialmente sus

últimos versículos, se puede observar cómo entre el hablar al corazón de Dios y la respuesta de Israel Oseas introduce la mención del don de las viñas y del valle de Acor. Así, en un lugar de carencia de agua, donde nada crece, «tierra reseca, donde se muere de sed» (Os 2,5), es donde el esposo (Dios) hace crecer viñas y se las da a Israel, su esposa, subrayando así el aspecto de absoluta generosidad y gratuidad de Dios.

Han señalado numerosos estudiosos del Antiguo Testamento que la lectura de Jr 2 es especialmente reveladora de la importante influencia del libro del profeta Oseas en el del profeta Jeremías. Nos acercamos a dicho texto, tercero y último de este segundo apartado de nuestra colaboración, para ofrecer alguna indicación complementaria sobre el desierto en el Antiguo Testamento, que, junto con lo citado hasta ahora, quizás puede posibilitar el cuidado de la espiritualidad del desierto en esta nueva Cuaresma de 2009, recientemente iniciada.

Hace varias décadas se comenzó a estudiar con mayor detalle un género literario llamado *rib*, que está muy presente en numerosos textos del Antiguo Testamento, especialmente proféticos. Son textos en los que normalmente intervienen dos personajes, un victimario y una víctima, que se encuentran en una situación de injusticia y ruptura de relación, y que desean, sobre todo la víctima, reconstruir la mencionada situación. De hecho, los textos reflejan un proceso en el que la víctima da un primer paso en busca de una reconciliación con el agresor o victimario. Un proceso ciertamente largo, duro y difícil, en el que aquélla no busca derrotar o vencer a éste último, sino convencerle de la gravedad de lo realizado y de la posibilidad que aún existe de encontrarse y reconciliarse de manera definitiva. Muchos de estos textos, Jr 2 es un buen ejemplo de ello, presentan a Dios como la víctima que denuncia a Israel, su victimario, por haber roto la relación con él (infidelidad, abandono de Dios, adoración de otras divinidades, etc.), y con el que quiere restablecer la relación y la justicia.

Este encuentro se presenta en Jr 2-4. Nosotros consideramos una parte del mismo, presente en Jr 2,1-19, que incluye unas referencias ya conocidas para los lectores de este pliego de *Vida Nueva*: el desierto es un lugar por el que Dios conduce, guía y acompaña a su pueblo; el desierto es una tierra no sembrada, no fértil, «árida y tenebrosa, lugar por el que nadie transita y donde no habita hombre alguno» (Jr 2,6). Digno de destacar es, en el contexto de Jr 2,1-19, que Dios, además de reprochar a Israel su alejamiento y abandono de él, mediante la imagen de la búsqueda de agua en Egipto y Asiria, donde no está la vida, le recuerda la oferta gratuita realizada: le ha hecho salir de Egipto, andar por el desierto, caminar acompañado por el camino equivocado (el de la búsqueda de otros dioses), entrar en la tierra. Todas éstas son acciones en las que Dios tiene la iniciativa, y en las que el movimiento que recorre Israel está acompañado de la presencia y el cuidado de Dios. Un Dios al que busca con insistencia Israel («¿dónde está Dios?»; Jr 2,6.8); quizás en un lugar errado, en donde Dios precisamente no está. La lectura de la unidad textual que nos ocupa permite probablemente afirmar que no es Israel el que tiene que moverse y salir en búsqueda de Dios. No, ése no es el camino. El camino que le conviene recorrer es probablemente otro bien distinto. Así, más que ir detrás de otras divinidades en su búsqueda, puede permanecer quieto, sin moverse a buscar la vida en las aguas de Egipto y Asiria, y esperar que sea precisamente Dios, fuente de las aguas vivas, el que se le pueda revelar y dar a conocer como el que le guía por el desierto y por el camino, como el que se pone en movimiento para mover y empujar a su pueblo en un lugar de muerte, árido y tenebroso, por el que nadie transita. La imagen es muy bella y quizás también muy actual; sobre todo en estos tiempos, en que quizás muchos de nosotros vivimos inmersos en un duro desierto. No porque no hagamos nada (recuérdese que el desierto es un lugar en el que todo se entrega, en el

que se trabaja), sino porque muchos de los esfuerzos entregados y ofrecidos parecen producir un fruto estéril, vacío, nada fértil. Y muchas veces ello nos lleva, por lo menos, a dudar, desconfiar, desesperarnos, y a dirigirnos a buscar la vida en otros dioses (el del éxito y el prestigio, el del poder mal ejercido). No, las bellas palabras de Jeremías pueden ofrecernos quizás un consuelo en medio del desierto en que vivimos; el mismo que recibe Israel, que, también desesperado y desesperanzado, se ha ido en busca de la vida y de otros dioses, de otras aguas y fuentes, que no secan la sed ni refrescan en medio del camino. Pero Dios se le acerca y se le revela de un modo distinto a como se reveló a los patriarcas, pero a la vez tanto o más claro y transparente: en el movimiento que parte de Dios y tiene en Israel su destinatario. Por eso, lo importante es que Israel facilite la acción de Dios, es decir, deje que Dios le mueva, empuje y haga andar en el desierto. Abrirse a que eso suceda, posibilitarlo, poner todos los medios para ello será sin duda la mejor expresión de que Israel está siguiendo a Dios «estando parado y sin salir a buscarlo».

Hemos llegado al final de un recorrido por tres importantes textos del Antiguo Testamento de los que todavía algo se puede aprender. Sobre todo porque parecen recoger un importante *Leitmotiv* bíblico: a los lugares de prueba, de humillación, de muerte uno no va por su propia iniciativa, sino que lo lleva y conduce Dios. Como Jesús, que fue conducido a Jerusalén, la ciudad santa, para que entregara allí su vida. ¡Y Dios estaba con él! Como Pedro, que recibe en el final del Evangelio de Juan (Jn 21,18) un mensaje muy consolador de parte de Jesús: «De verdad te aseguro: cuando eras más joven, te ceñías y caminabas adonde querías; pero cuando seas viejo extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde no quieras (dijo esto indicando con qué muerte glorificaría a Dios)». ¡Y Dios estaba con él! Como Israel, que es conducido por el desierto, lugar lleno de escorpiones y serpientes abrasadoras, región sedienta y carente de agua, y Dios le da el maná, le protege y se le revela mientras está parado, a la espera de que se le manifieste. ¡Y Dios estaba con él!

### **3. El desierto del Sinaí y el don del Decálogo**

Son conocidas en el ámbito bíblico estas palabras del afamado biblista alemán G. Von Rad: el elemento constitutivo de la llegada de Dios se encuentra en las tradiciones del Sinaí.

Se dice en el Pentateuco que Israel llega a tan emblemático lugar del desierto «el tercer mes del Éxodo» (Ex 19,1). Se dice también en el Pentateuco que Israel partió de allí «en el año segundo, el segundo mes, el veinte del mes» (Nm 10,11). Desde un punto de vista narrativo, el Antiguo Testamento concede una gran importancia a la estancia de Israel en el Sinaí, ya que narra con gran detalle toda una serie de episodios, acontecimientos y vicisitudes que allí le suceden, y que se extienden a lo largo del libro del Éxodo (19-40), del Levítico, y de una parte importante del libro de los Números (1-10).

De entre todos ellos, los acontecimientos sucedidos en el Sinaí, que narra Ex 19-24, poseen en la Escritura una importancia decisiva.

Hemos hecho una breve mención en el apartado anterior a Ex 14, que cuenta cómo Israel abandonó definitivamente Egipto y cruzó el Mar Rojo en dirección a la tierra prometida. Lo hemos mencionado en una clave que ahora nos interesa desarrollar aquí.

Los primeros 14 capítulos del libro del Éxodo narran diversos episodios que le suceden a Israel cuando estaba sometido a la esclavitud del Faraón de Egipto. Desde el comienzo del mismo, se puede apreciar el duro y difícil combate que mantienen el gran y

poderoso Faraón de Egipto y el también grande y poderoso Yahveh. Ambos quieren convertirse en señores de Israel, y, por eso, mantienen un continuo enfrentamiento entre sí, cuyo ejemplo más sobresaliente es el conocido episodio de las plagas de Egipto. Ex 14, punto de llegada de todos los capítulos anteriores, es una obra maestra de la narrativa bíblica, y cuenta cómo Dios salvó a su pueblo de la esclavitud de Egipto y derrotó definitivamente a su gran Faraón. En sus 31 versículos el narrador ofrece decisivas e importantes pinceladas para comprender el rostro liberador de Dios: en el paso del Mar Rojo, Dios ofrece a su pueblo la libertad, la capacidad de tomar decisiones, algo que no había tenido durante el tiempo en que había estado sometido a una dura esclavitud y servidumbre por parte del Faraón de Egipto. De esa manera, y expresado en otra terminología, Israel recibe de parte de Dios en Ex 14 el estatuto de sujeto libre, con capacidad de decisión, es decir, y con términos no tan propiamente bíblicos, el estatuto de persona.

Los capítulos siguientes a este gran relato bíblico, a este monumento de la narrativa bíblica, conocido en muchos ámbitos como el del nacimiento de Israel, confirman que, al pasar el Mar Rojo, Israel ha recibido el estatuto de sujeto libre y que, por tanto, puede tomar decisiones. Curiosamente, las primeras que toma le alejan de Dios, en quien ha creído y a quien ha confesado con veneración precisamente al final de Ex 14: «Vio, pues, Israel el gran poderío que Yahveh había ejercitado contra los egipcios, y el pueblo temió a Yahveh y creyó en Yahveh y en Moisés, su siervo» (Ex 14,31). Los relatos de Ex 15-18 cuentan diversos episodios en los que Israel se rebela contra Dios y murmura en contra de él; en ellos se recoge lo que, técnicamente hablando, se denominan las tradiciones de la murmuración.

Sin embargo, Ex 19-24 parece relanzar la narración del libro del Éxodo en una dirección distinta. En primer lugar, por que, narrados los acontecimientos de la rebeldía y murmuración de Israel, recuerda la centralidad del evento del Mar Rojo, en donde Israel recibe la libertad. En segundo, por que conecta precisamente este don tan preciado con la relación de alianza que Dios quiere establecer con su pueblo. De manera que, según dichos capítulos del Éxodo, Dios no separa a Israel del Faraón de Egipto ni lo libera de la sumisión y esclavitud a la que estaba sometido, para dejarlo posteriormente solo, una vez que ha cruzado el Mar Rojo. No, Dios libera a Israel del poder desgarrador de Egipto para entrar en estrecha relación con él, para vincularse con él de manera definitiva, algo que, como ya hemos señalado en el segundo apartado de este pliego, parece estar en consonancia con otros textos bíblicos. Dicho con otros términos quizás más familiares, la liberación que Dios ofrece a Israel no es únicamente asistencial; es, más bien, una salvación relacional, pues el ejercicio de la liberación conduce a Dios a una vinculación con Israel, receptor de la misma.

Es éste un Dios que busca la relación de alianza con su pueblo, al que se revela como tal. Ahora bien, de interés en el Sinaí no son sólo los aspectos hasta ahora indicados, sino también que en tan emblemático lugar Dios se revela a su pueblo con unas características particulares: el que se ofrece en alianza revela antes de nada quién es y cómo es.

El Decálogo es la expresión y manifestación más cualificada de Dios en el Sinaí. Algunos autores han dicho de él que contiene la voluntad principal e invariable de Dios; otros que hay que identificarlo con el término alianza. Lo que nosotros queremos destacar sobre todo es que el Decálogo, en sus dos versiones (Ex 20,1-17 y Dt 5,5-21), revela a Dios como aquél que, al mismo tiempo, da y pone límites a su pueblo, como aquél que ofrece contemporáneamente el don y la ley (límite).

No deja de llamar la atención el hecho de que en pasajes particularmente relevantes la Biblia reproduzca un esquema similar, caracterizado por el binomio don-ley



recientemente mencionado. Por ejemplo, los relatos de la creación del comienzo del Génesis (Gn 1-3), y, más en particular, Gn 2,16-17:

«Luego dio Yahveh Elohim orden al hombre, diciendo: “De todo árbol del vergel podrás comer libremente, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no has de comer, pues el día en que comas morirás sin remedio».

Igualmente, el conocido pasaje en el que Dios pide a Abraham que salga de su tierra (Gn 12); o Ex 1-24, cuya importancia ya ha sido aquí recordada. Todos ellos se refieren a un Dios que funda toda norma en un don gratuito que él concede, y que, al mismo tiempo, pide al ser humano que recuerde el don recibido mediante el cumplimiento de unos preceptos. Éstos buscan fundamentalmente el bien del ser humano y la conservación de la vida, incluidas y ofrecidas particularmente en el don.

En el caso que nos ocupa, el Decálogo, hay que señalar que, al comienzo del mismo, tanto la versión del Éxodo como la del Deuteronomio recuerdan que es originario el don que Dios concede a Israel en el Mar Rojo: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la casa de la esclavitud» (Ex 20,2; Dt 5,6). Así pues, ya en su principio, el Decálogo resalta la centralidad de la gracia, que precede a la ley, es decir, a los diez preceptos enumerados a continuación.

A esa gracia le siguen los preceptos, que son un camino para alcanzar la liberación, para no volver a la esclavitud de Egipto y para vivir en plenitud la oferta de alianza con Dios. Como se ha señalado en más de una ocasión, el Decálogo es el documento de la libertad, que une a dos sujetos libres, pues es una palabra que habla de la libertad que Dios ofrece a los creyentes, para que éstos escuchen la ley y su sentido salvífico, y la obedezcan en su dimensión ética.

Interesante es no olvidar que la mayor parte de los preceptos son negativos, algo que, por un lado, resalta la ausencia de recompensa de la ley (el no matar no es un mérito) y, por otro, indica que queda prohibido lo que impide ser libre (matar, robar, cometer adulterio, etc.) y permitido lo que puede conducir a la libertad. Por eso, los preceptos del Decálogo son un camino para alcanzar la libertad, la vida, la felicidad, y para que éstas se hagan realidad en las relaciones que cada miembro de Israel establece con Dios, los ídolos, sus hijos, sus siervos, sus animales, el extranjero, el padre, la madre, el prójimo.

En definitiva, en el desierto, lugar de muerte y de falta de vida, Dios aparece como el que ofrece la vida de manera gratuita y generosa a la vez que condicionada. Condicionada por un límite, por una ley, por unos preceptos que, precisamente buscan preservar todo el sentido y valor del don entregado, buscan conducir a la libertad.

Acabamos de entrar en estos días en un tiempo especialmente de gracia, la cuaresma, que culmina con el tiempo central de la vida de los cristianos: el recuerdo y la confesión de la muerte y resurrección de Jesucristo. Un tiempo en el que, después de recorrer el camino cuaresmal del desierto, expresaremos el paso de la noche (muerte) a la luz y la vida (resurrección). Es sabido que es propio de todo proceso de iniciación el paso de la oscuridad a la luz. La Semana Santa es siempre para nosotros un momento de iniciación, de origen: en Cristo muerto y resucitado hemos nacido a la vida. Ojalá lo sea también el tiempo de la cuaresma, de este desierto que acabamos de comenzar el pasado 25 de febrero. Un tiempo en el que hagamos memoria de que nuestro inicio, de que nuestro origen no están únicamente en –recuérdese el comienzo de nuestra colaboración- la ascesis, la radicalidad, la acción contracultural, sino en un Dios que nos puede conducir al desierto, para probarnos, humillarnos y mostrarnos que no sólo de

pan vive el hombre, sino de toda palabra que nace de la boca de Dios; en un Dios que nos puede conducir también al desierto para entregarnos un don gratuito que alimenta y conserva (el maná) y una ley que protege la vida y la libertad.

Ojalá que dicha memoria pueda ser expresión de nuestra fe: «para los hebreos, creer es recordar, es decir, vincularse a una historia con devoción. Creer no es pues un acto exclusivamente personal, interior y solitario, sino conectar con la historia de un pueblo para identificarse personalmente con ella. Creer es recordar a Dios, que sacó a su pueblo de Egipto y se vinculó con él en el Sinaí. Creer es bendecirlo precisamente por eso que realizó, y encontrar en ese recuerdo, en esa memoria, el fundamento de una esperanza insustituible para el futuro sea cual sea el presente»<sup>6</sup>.

Una fe que, quizás por medio de plegarias como la que titula estas páginas, pronunciada por el abad del desierto Arsenio, nos vincule a Dios que conduce, guía y acompaña por el desierto. Fe con la que podamos bendecirlo y vivir esperanzados en él por haber recibido el alimento que más nutre, haciendo así verdad, en este tiempo litúrgico apenas comenzado, el conocido axioma de un ilustre y conocido jesuita madrileño: «vivir la Cuaresma en positivo».

---

<sup>6</sup> F. ROSSI DE GASPERIS – A. CARFAGNA, *o.c.*, p.160.